

Montevideo, 28 de marzo de 2012

Discurso del P. Prof. Antonio Ocaña SJ en la ceremonia de su designación como Profesor Emérito de la Universidad Católica del Uruguay

Excmo. Sr. Arzobispo de Montevideo, Gran Canciller de la Universidad Católica del Uruguay y de la Facultad de Teología; Sres. Obispos, Padres Casarotti y Bonzani, Rectores –respectivamente– de la Universidad Católica del Uruguay y de la Facultad de Teología, autoridades aquí presentes, compañeros de docencia y servicio en la Universidad, amigos.

En primer lugar, me sumo con gusto al merecido homenaje que la Iglesia Católica uruguaya le rinde a usted, Dr. Carriquiry, en esta apertura del año académico 2012, apertura hecha en conjunto, por primera vez y en su honor, por las dos instituciones universitarias católicas del Uruguay.

En segundo lugar, agradezco la distinción con la que la Universidad Católica del Uruguay me honra en estos momentos en que estoy finalizando mi tarea docente. Con este motivo, me atrevo a decir una palabra más, en esta casa en la que he hablado tanto.

Hace treinta y dos años me uní a un grupo que quería fundar una Universidad Católica en Uruguay, algo que parecía muy difícil. Institucionalmente se logró pronto, sólo cinco años después; pero la tarea de construirla realmente como Universidad y como Católica es mucho más larga y, de ninguna manera, está terminada. Ustedes, autoridades, docentes, funcionarios y alumnos, la continúan.

Un *eslogan* de aquellos tiempos fundacionales, como recordaba nuestro segundo Rector, el P. Squadroni, en un escrito que elevó al rectorado hace pocos años, era que no pretendíamos ser *otra* universidad, sino una Universidad **otra**. En muchos aspectos queríamos ser distintos: carreras nuevas, postgrados y doctorados que no había en el país, apertura al mundo universitario internacional a través de Ausjal y la red de universidades católicas, modos diferentes de enseñanza, etc.... Pero mucho de este ser *otra* consistía en llenar de contenido nuestro adjetivo: *Católica*.

A lo largo de estos años hemos repetido una y otra vez que *católico* significa *universal*, y el parentesco de los significados (*universal-universitas*) puede hacernos creer que la tarea es fácil. Pero no lo es; esa *universalidad* católica no es la mera universalidad de la razón, o del conocimiento, sino que, en cuanto *cristiana*, está **situada** en la historia de una forma muy peculiar.

Nuestro Dios se situó en la Historia, puso su tienda entre nosotros. Y porque, al hacer esto, Él mismo iba a entregarnos su Imagen, se negó desde el principio a que nos hiciéramos imágenes suyas (ni siquiera racionales). Y la imagen que el Omnipotente nos entregó de sí mismo, la única válida, es bien desconcertante: Jesús de Nazaret, el Cristo, crucificado hace dos mil años y, que, a lo largo de toda la historia, está hambriento, sediento, desnudo, enfermo, sin trabajo, preso, excluido... Al final se nos revelará claramente que fue en la Cruz donde estuvo siempre situado el Todopoderoso.

Pues bien, nuestra universalidad tiene que ser cristiana y, por eso, situada, *ungida*, como empapada con la sangre del crucificado –y de los crucificados.

* * *

Hay un texto bíblico que puede iluminar esta problemática; se encuentra en el cap. 21 del Génesis y narra la relación entre los dos hijos de Abraham, el padre de los creyentes: uno, Isaac, había nacido finalmente de Sara, la esposa legítima; el otro, Ismael, era hijo de Hagar, la esclava.

Pues bien; cuando Sara vio que Ismael jugaba con Isaac, dijo a Abraham:

“Expulsa a esa sirvienta y a su hijo, porque el hijo de esa sirvienta no va a repartirse la herencia con mi hijo Isaac” (Gen. 21/10).

Abraham, aunque a disgusto, porque –subraya el texto– Ismael “al fin y al cabo era hijo suyo” (v.11), da gusto a su esposa. Al día siguiente, “madrugó, tomó pan y un cuero lleno de agua, se lo cargó a Hagar y la despidió con el niño. Ella se marchó y fue vagando por el desierto (..). Cuando se le acabó el agua (..), colocó al niño debajo de unas matas; (...) y se sentó a la distancia, diciéndose: no puedo ver morir a mi hijo. El niño rompió a llorar” (21/14-16).

Esta leyenda es impactante. En el mismo momento inaugural de la promesa divina, el hombre pone la exclusión. Sara, la antes humillada por su esterilidad, no puede ahora aguantar que Ismael juegue con Isaac, que el hijo de la sirvienta –como ella lo denomina, sin ponerle nombre- se coloque al nivel de su hijo Isaac; más aún, teme que éste, en quien Dios ha prometido que serán benditas todas las naciones de la Tierra (la universalidad de la bendición divina), comparta su herencia con Ismael. Reaparece la discriminación, la exclusión, el llanto y –en el horizonte– la muerte.

Ismael llorando me trae a la memoria la famosa fotografía del pajarraco esperando pacientemente la muerte de un niño somalí. Ese niño, como Ismael, y como tantas personas cercanas a nosotros, son imágenes del Dios que se sitúa en la Historia, del Dios crucificado.

En el caso de la leyenda abrahámica, el Señor interviene por medio de su ángel, quien dice a Hagar:

“¿Qué te pasa, Hagar? No temas, pues Dios ha oído la voz del niño (..). Levántate, toma al niño y tenlo bien agarrado de la mano, porque sacaré de él

un gran pueblo” (21/17b-18). Hagar encuentra enseguida un pozo de agua, y da de beber a Ismael.

El episodio termina así: “Dios estaba con el muchacho, que creció, habitó en el desierto y se hizo un experto arquero; (..) su madre le buscó una mujer egipcia” (21/20-21). La tradición hace a los árabes descendientes suyos.

* * *

Por el cultivo del conocimiento estamos colocados, como Sara, en una situación de promesa, prometedora. ¿Prometedora sólo para nosotros, o gracias a nuestros conocimientos pueden llegar a ser benditos todos los ciudadanos de Uruguay? Es de público conocimiento que en nuestro país, y no sólo por la estructura de su natalidad, se está dando un proceso progresivo de disgregación social. Nuestra Universidad fue, quizás, el primer reportero que sacó la foto de un Uruguay con un tercio de su población *vulnerada* (*herida*; ese era el nombre que empleaba la investigación). En el otro extremo, estaba el tercio *privado*, en el que nos incluimos la mayoría de nosotros, de nuestros alumnos, de nuestros conocidos...

¿Vamos, como Sara, a decir que Ismael, “el hijo de esa sirvienta, no va a repartirse la herencia con mi hijo Isaac”? ¿O vamos a intentar transmitir a Hagar: “No temas, Dios ha oído el llanto de Ismael”?

Con nuestra capacidad de investigación, nosotros mismos hicimos la foto, ya la tenemos; ¿cómo hemos de hacer nuestra enseñanza, nuestra investigación, nuestro servicio, nuestra propia organización laboral, para lograr que la Universidad Católica sea una ‘buena noticia para los pobres’ (cfr. Lc. 4/18)?

Quien les dirige estas preguntas sabe que ha tenido muchas oportunidades de trabajar con ustedes en buena dirección, y que aprovechó unas pero no acertó en otras. En una cierta medida soy corresponsable de los logros y los fracasos que ha tenido la Universidad desde su fundación. A partir de hoy, fuera ya de la Universidad, y desde donde la Compañía de Jesús me sitúe, invocaré al Dios de Abraham, al Dios de Jesucristo crucificado, para que a ustedes les dé sabiduría y fortaleza, de forma que puedan avanzar mejor en la dirección en la que nos llama el llanto de Ismael. Ojalá sepamos escuchar aquellas palabras: “Levántate, toma al niño (a Ismael) y tenlo bien agarrado de la mano, porque sacaré de él un gran pueblo”.

Muchas gracias.